

“ACÁ ES MUY DIFÍCIL CONSEGUIR VIVIENDA DE ALQUILER”

(Testimonio anónimo)

Una familia refugiada y con miedo a identificarse, porque el riesgo es grande. Salieron de su país obligados por la situación de peligro que vivían.

MIEL A. ELUSTONDO
28 DE ABRIL DE 2019

¿Cómo es vuestro lugar de origen?

Somos de un pueblo pequeño. Vivíamos a las afueras. No hay mucha industria, así que la mayoría de la gente trabaja en la agricultura. Digamos que nuestro pueblo está a una hora de la capital, en vehículo. La gente de esos lugares va a la capital a trabajar. Pasa el día allá y, a la tarde, vuelve a casa en autobús...

¿Por qué dejasteis vuestro hogar?

Salimos huyendo por la situación que está viviendo el país. Aunque tengas tu vivienda, tu trabajo y lo básico para una familia, no te sientes seguro. Te muerden [roban] en los bu-

ses en cualquier momento. No puedes llevar un reloj, un anillo o un teléfono... porque los pandilleros te lo roban. Ese es el problema del país, las pandillas. Se hacen la guerra por ganar territorio y por amedrentar a las personas. La policía tiene poco que hacer. Les es muy difícil hacer su trabajo, porque las pandillas controlan su territorio, y aunque la policía entre allá, tienen gente que les avisa de los movimientos de la policía.

“Ese es el problema del país, las pandillas”

¿De qué modo os afectó la actuación de los pandilleros?

Estuvimos viviendo bastante tiempo en que ellos nos pedían una cuota por nuestro tra-

bajo. Tienes que dárselo, porque, si no, te matan. No estamos hablando de grandes cantidades de dinero. Te pueden matar por 50 dólares, 100 dólares. Como está la economía allí, es bastante dinero, pero por una cantidad así puedes perder la vida. En nuestro país, 350 dólares puede ser el sueldo básico. Además, ellos no miran si tienes o no el dinero. Ellos te lo piden. Mi hermano sufre de eso, mi papá paga renta, mi mamá paga renta, mi hermano paga renta... Mi hermano tienes dos pick-up, vende productos para la tierra, y le cobran por los dos carros que utiliza para hacer viajes y por la tienda que tiene para la venta de productos. Le cobran mensualmente, y, en diciembre, le cobran aguinaldo. Y en tiempo de siembra, que los carros trabajan bastante, le piden mucho más de lo que le piden mensualmente. A mi mamá, que tiene una tienda, si no es dinero, lo que le exigen es producto, sea para comer o para lavar... Y tienes que darlo.

Os extorsionaron. Os exigieron dinero...

Comenzaron pidiéndonos dinero, y, por miedo a que nos pasara algo, tuvimos que darlo. Poco a poco, fueron pidiendo más y más, hasta que al final nos amenazaron de muerte a toda la familia, y eso nos llevó a salir de nuestro país. Tomamos la decisión porque me abordaron unos sujetos de la pandilla de la zona. Me dijeron que ya sabían en qué trabajaba, y que no me querían allí. Fui ahí cuando tomamos la decisión, porque, ¿qué podíamos hacer? No podíamos ir a ninguna parte, porque el país está dominado por ellos, por los pandilleros. Teníamos que salir del país. Nos pusimos a investigar, y vimos que en España daban protección. Teníamos un pick-up, lo vendimos, juntamos el dinero y salimos.

“Nos amenazaron de muerte a toda la familia, y eso nos llevó a salir de nuestro país”

Así llegamos a Madrid. No teníamos a nadie allá, ni amigos ni nada, no conocíamos a nadie. Llegas, y no sabes qué estás haciendo aquí. Es bien difícil. Además, veníamos con nuestros hijos. Llegamos, y el primer día estuvimos en un hotel. Podíamos pagar sólo una noche.

Habéis dicho que sabíais que podíais pedir protección.

Sí, en Cruz Roja. Y al día siguiente a nuestra llegada fuimos a Cruz Roja. Les explicamos nuestra situación, pero nos dijeron que de primeras no nos podían ayudar, que antes teníamos que pedir cita en comisaría para hablar sobre nuestro caso acá. Mientras que no hagamos ese trámite, no pueden darnos

la protección que pedíamos. En ese mismo momento pedimos la cita, y nos la dieron para después de tres meses. Era mucho tiempo, nosotros no teníamos a dónde ir. Ellos nos dijeron que andaban retrasados, que había mucha gente pidiendo

protección. Pero ya tuvimos la cita, y así se lo dijimos al de la Cruz Roja. “¿Para cuándo?”, nos preguntaron, y les respondimos que para dentro de tres meses. “Ya lo tienen. Después de esa cita dentro de tres meses, pueden venir con nosotros. Entonces sí los vamos a ayudar”. Eso fue lo que nos dijeron.

Tres meses de espera es mucho tiempo...

Pero, ¿qué hacíamos nosotros con tres meses por delante, en Madrid, sin conocer a nadie? No es fácil. Aquella persona nos dijo claramente que no podía ayudarnos. Era como decir que nos fuéramos... ¿Para dónde nos íbamos? No teníamos para dónde. Estuvimos en la sede de Cruz Roja esperando y esperando. Luego llegó otra persona, dijo que no podíamos estar en la calle. “Hay que ver de

qué forma les ayudamos”, dijo. Y que esperáramos. Si llegamos a movernos, hubiéramos perdido la ayuda de ese señor. Yo creo que fue porque vieron que no nos movíamos. Aquel señor hizo unas llamadas, llegó alguien de Cear, estuvo hablando con él, y ya Cear comenzó a mirar dónde ubicarnos. Y ya nos dijeron que nos iban a alojar en un albergue donde íbamos a tener techo y comida. Para nosotros aquello ya era muchísimo. Estábamos como en la calle, pues. Podríamos estar allá hasta que la gente de Cear hiciera nuestros papeles, hasta que vieran qué podían hacer por nosotros. Estuvimos tres meses en el albergue, sin saber qué iba a pasar con nosotros. De ahí nos movieron a otro albergue, y ahí sí, nos dijeron que nos iban a mandar para acá, para Vitoria.

¿Cómo fue la experiencia de estar alojados en un albergue?

Fue un poco difícil. Hay gente de diferentes países, diferentes culturas. Difícil. Los niños estuvieron todo ese tiempo ahí, sin estudiar. Teníamos techo y comida, pero nada más, y para distraer a nuestro hijos salíamos a caminar, para pasar el día, porque todo el tiempo los niños encerrados se aburrían. Preguntaban cuándo nos íbamos a ir, cuándo iban a ir a estudiar... (La madre se emociona y llora en este momento de la entrevista). Además, esperando qué es lo que te van a decir al final, porque estás ahí pero no estás seguro. “¿Y si nos dicen que no? ¿Que no nos pueden ayudar?”. Por eso pasamos tres meses en el albergue, esperando el día de la cita en comisaría. Después de la cita, te mandan a diferentes lugares de España. No lo elige uno, es el ministerio el que decide.

¿Cómo llegasteis a Vitoria-Gasteiz?

Accem nos recoge en la estación de autobuses, y nos dice que comenzamos con la primera etapa del programa de acogida, que

vamos a compartir piso con otra familia durante seis meses. Es un requisito de ellos. De modo que compartimos piso con una pareja de Venezuela. Estuvimos con ellos cuatro meses. Tuvimos suerte de conocer a gente muy buena, nos sentíamos muy a gusto con ellos. Los primeros días fueron difíciles, porque ellos tenían niños, y metían ruido por la noche, y nuestra preocupación era que nuestros hijos durmieran bien. No estábamos acostumbrados a compartir piso.

Llegasteis a las puertas del verano, y de las vacaciones escolares, y vosotros tenéis hijos en edad escolar.

Cuando vinimos acá, ya era verano, y estaba finalizando la escuela. No los pudieron matricular en ningún colegio, y se quedaron en casa. Tampoco había cursos para nosotros, y pasamos casi todo el tiempo en las oficinas de Accem, con encuentros y reuniones. Después del verano, comenzó la rutina, los niños comenzaron la escuela, y nosotros nuestros cursos de formación. Y ya estamos trabajando.

¿Cómo fue el proceso de alquiler de la vivienda que habitáis en la actualidad?

Accem nos comentó que después de seis meses en su piso, teníamos que pasar a otra vivienda, porque otras personas han a ocupar nuestra plaza. Nos dijeron que faltando dos meses de esa fase de seis, teníamos que comenzar la búsqueda de un piso. Poco a poco vamos conociendo amistades acá, y nos comentan que acá es muy difícil conseguir vivienda de alquiler. La búsqueda es difícil, porque cuando estás buscando piso, no tienes ni permiso de trabajo, ni estás trabajando en nada, ni la gente está dispuesta a alquilar su piso a una persona que no le puede garantizar su mensualidad. A muchos amigos les cerraban las puertas, y pasaban malos momentos, porque tú quieres encontrar un lugar, y no puedes. Antes de que en-

contráramos nada, Accem nos dijo que habíamos salido elegidos en un programa de la Fundación Arteale, para impulsar ayuda para las personas que no podíamos optar por un piso. Así fue.

¿Y a partir de ahí cómo se desarrolló el proceso de alquiler?

Lo primero era conocerse con María José, la propietaria de la vivienda y presidenta de Arteale. Fuimos entablando una amistad con ella, comenzamos a reunirnos y a hablar de los valores, de los imperativos... Era una relación, más que un contrato. Era un requisito del proceso de alquiler. Duró bastante tiempo. María José nos ponía deberes, y había cosas que no entendíamos, y volvíamos a reunirnos. María José nos lo exponía de otra forma. Ya digo que un poco largo, porque hablamos de valores, de imperativos, de restricciones, de la Piedra de toque, del por qué, y del para qué. Nunca habíamos trabajado en una situación de éstas, ni habíamos reflexionado sobre nuestros valores. Trabajamos conjuntamente con la propietaria sobre nuestros imperativos o líneas rojas, cosas que no queríamos que se dieran en la vivienda, y cosas que considerábamos necesarias en ese acuerdo de alquiler. Encontrar las líneas rojas fue la parte más difícil del proceso de contrato. Estábamos tan agradecidos. También hay una parte del contrato consciente en que se habla de un “pacto de paz”, que es una cosa muy bonita, porque se trata de construir paz y convivencia. Empezamos las reuniones en julio, y en agosto la gente se tomó vacaciones, así que seguimos con nuestra relación en septiembre. Aquello duró mes y medio, y desde entonces las dos partes nos



María José Anitua /ZALDI ERO

“He conocido amigos que han hecho el contrato de alquiler, y que no conocen al propietario”

hemos conocido bastante. Tengo que decir que aquí he conocido amigos que han hecho el contrato de alquiler, y que no conocen al propietario.

¿Qué sentisteis al entrar a vuestra vivienda?

Estuvimos encantados. Para toda la familia fue emocionante poder estar allí. Después de todos los malos momentos que habíamos vivido después de salir de nuestro país, tener un lugar en el que podemos decir es nuestro hogar, nos sentimos tranquilos y protegidos. Fue una bendición. “Llegamos acá a un país y a una cultura diferentes. Fue muy duro. Dejamos nuestra familia atrás, todo nuestro pasado, y, aquí, tuvimos que superar muchas barreras. También nos encontramos con personas que nos ayudaron mucho. Accem y la Fundación Arteale son mecanismos que nos ayudaron mucho. Gracias a ellos, y poco a poco, hemos podido salir adelante”

Podríamos decir que vuestra situación se ha normalizado...

Nos sentimos bien acá, porque lo básico ya

lo tenemos. Tenemos trabajo y techo, pero no nos sentimos en paz, porque tenemos nuestra familia allá, en nuestro país. Sí, nosotros salimos a caminar acá, pero seguimos pensando en nuestras familias. Sentimos que nos falta algo para estar completamente tranquilos aquí. Hablamos con nuestros familiares, pero no es lo mismo. Y no podemos salir de acá, de este país. Cuando entras en el programa de asilo, te quitan el pasaporte y te dan una tarjeta roja que tienes que estar renovando cada seis meses en comisaría. El pasaporte lo tienen ellos, y te lo devuelven al final del proceso, o cuando uno diga que se retira del proceso. No hay otro modo. Mientras, seguimos las noticias de nuestro país por Internet, porque en los medios de aquí nuestro país no sale para nada, y vemos que aquello no ha cambiado.